

# Sopa

Leandro K Falleri R



# Capítulo 1

Los cuarteles eran malos, pero en su mayoría habitables. Todos tenían una camilla, había agua potable y la temperatura era templada. La comida era evidentemente el mayor problema. Pasaron los días, y no se les dio ninguna.

El país no había estado en guerra durante muchas generaciones. El gobierno había adoptado una postura neutral desde la última guerra del país, que perdió. Desde entonces, el país había prosperado, convirtiéndose en el líder tecnológico, económico y cultural del mundo. Luego vino el ataque exterior, y los reclutas fueron llamados inmediatamente.

Carlos, que había escuchado historias de tácticas militares, pero nunca las estudió, se preguntó cómo morir de hambre podría ayudar a ganar una guerra. Sin embargo, no se resistió, y tampoco la mayoría de los demás. Confiaban en sus líderes para hacer lo correcto. Además, los pocos que resistieron fueron rápidamente ejecutados de manera muy directa y pública.

Entonces, una noche, los guardias entraron con sus ametralladoras.

Unos ciento veinte hombres, desconocidos entre sí antes de ser reclutados juntos, fueron llevados a una cafetería y sentados en largas mesas. El intenso aroma de los alimentos cocinados llenaba el aire y hacía que la boca de Carlos se llenara de saliva.

La mayoría de los soldados se movieron hacia un lado. Uno, que llevaba las rayas de un sargento y no llevaba una ametralladora, se movió por los pasillos, mirando a los reclutas.

Al frente de la cafetería, un hombre de aspecto muy viejo se dirigió a

ellos.

"Bienvenido. Sé que todos están muy hambrientos, así que no les haré esperar mucho. En un momento, cada uno recibirá una bandeja con cinco tazas de sopa. Cuatro de las copas serán envenenadas. Una taza no lo hará. Beberás una de las copas o serás ejecutado ".

El anciano miró alrededor de la habitación por unos segundos y luego dijo: "Ahora comenzaremos".

Los campesinos vestidos con atuendos de cocina sacaron sus bandejas. Las tazas eran muy pequeñas, más apropiadas para el té que para la sopa. Carlos pensó que le llevaría unas pocas docenas para que se llenara.

"¡Bebe!": ordenó el sargento.

Carlos sintió dos impulsos, uno de hambre atroz, uno el deseo de vivir. Estudió su bandeja. Una sopa era roja, una verde, una blanca, una marrón y una clara con fideos. No vio nada que le indicara qué sopa era segura.

Comenzó a escoger una taza al azar, pero entonces algo sucedió. De repente pudo probar la carne. Tomó la sopa marrón.

Estaba delicioso, pero pensó que una roca podría estar deliciosa en ese momento. Miró a su alrededor otra vez. Muchos lo hicieron. Unos diez segundos después, los hombres comenzaron a convulsionarse y caer al suelo. Agarraron sus gargantas mientras hacían sonidos de todo tipo.

Más hombres entraron y sacaron a los que estaban convulsionando, mientras que los ayudantes de la cocina salieron para sacar las bandejas.

Tres minutos después, todos los caídos y todas las bandejas se habían ido. Carlos pensó que los reclutas se habían reducido en aproximadamente el ochenta por ciento por los que deberían haberse reducido. Uno de los reclutas restantes se sentó directamente frente a él.

El anciano habló. "Felicidades. Ahora comenzamos la siguiente ronda".

Más bandejas se pusieron delante de ellos. Contenían las mismas cinco sopas que antes.

"¡Bebe!": gritó el sargento.

Carlos 'escaneó' las sopas. Estaba bastante seguro de que acababa de tener suerte, de que degustar la carne había sido su imaginación alimentada por un antojo. Sin embargo, volvió a pasar. Esta vez, él probó las papas. Tomó la sopa blanca. También estaba deliciosa.

Una vez más, después de unos diez segundos, los hombres comenzaron a convulsionarse. Se repitieron los procesos eficientes de extracción de bandeja y hombre. Al final, quedaron cinco reclutas.

"¡Espera!": gritó el sargento. Corrió hacia el hombre frente a Carlos. "Creo que te sentirás más cómodo en una mesa menos concurrida".

El hombre farfulló, "No. Por favor, yo . . . estoy cómodo aquí".

El sargento sacó su pistola y la sostuvo contra el rostro del hombre. "Muévete a un lugar donde no puedas verlo".

El hombre, lentamente, mientras temblaba como una hoja, hizo lo que dijo el sargento. Una vez que estuvo ubicado, el sargento ordenó: "¡Nadie levantará la vista una vez que la sopa esté delante de él!"

Carlos siguió adelante y miró hacia abajo antes de que la sopa llegara allí. Entonces llegó la bandeja y el sargento gritó: "¡Bebe!"

Carlos estudió la bandeja. Pasaron varios segundos, y un nuevo sabor no había llegado. Su mente lo obligó a tomar imágenes de hombres convulsos, y luego le hizo imaginar cómo se sentía ahogado. Sintió ganas de correr. Muchos deseos de hacerlo. Pero no. Tal vez alguien le dispararía en la cabeza y podría morir rápidamente.

Un nuevo sabor vino a su boca. Al principio, solo era leve y difícil de distinguir del regusto de las sopas que ya había bebido. Luego cortó y se convirtió en el sabor abrumador. El sabor era tomate. Tomó la sopa roja.

Habiendo tomado tanto tiempo para tomar la sopa, terminó justo a tiempo para escuchar el gorgoteo. No levantó la vista, solo esperó, oyendo los pasos apresurados que lo rodeaban. Finalmente, otra bandeja fue colocada delante de él.

"Usted es el único que queda", dijo el sargento.

"Bebe."

No se sorprendió cuando no obtuvo de inmediato un nuevo sabor. Se preguntó cuánto tiempo le darían. Después de unos veinte segundos, el sabor fuerte de la carne llegó. Bebió y vivió. Repitieron el proceso un par de veces más, cada vez más tiempo.

"Eso es suficiente", dijo finalmente el anciano, su voz justo al lado de Carlos. Éste alzó la vista y vio una cara sonriente de abuelo.

"Tienes un don raro", dijo el anciano. "Apuesto a que no lo sabías".

Carlos negó con la cabeza. "Eso es porque probablemente nunca has necesitado el regalo. Está enterrado profundamente en tu mente subconsciente y requiere una combinación de privación sensorial y miedo mortal para ponerla en evidencia. La sensación que privamos esta vez fue el gusto".

Carlos miró a los guardias. Solo había algunos de ellos ahora. "¡Pero asesinaste a jóvenes de nuestro país!", susurró. "Sí, pero sólo para encontrarte. Encontraremos algunos otros como usted, y al hacerlo, tendremos que matar a muchos más de nuestros compatriotas. Pero le aseguro que la cantidad de hombres que salvamos al usar hombres como usted será mucho mayor que la cantidad de hombres que perdemos al encontrar hombres como usted. Con poderes como el tuyo para guiarnos, el enemigo será derrotado en poco tiempo."

El anciano le puso una mano en el hombro, cosa que Carlos odiaba. No podía ser parte en lo que estaban haciendo. Quería morir con dignidad. Las sopas envenenadas seguían sobre la mesa. Se estaba preparando para alcanzar una, cuando el anciano volvió a hablar.

"La sensación que privamos no tiene que ser gusto, y el miedo mortal que brindamos no tiene que ser miedo de tu propia mortalidad. Pronto haremos prisioneros a varios miembros de su familia".

El anciano sonrió levemente. "Pronto serás privado de luz por varios días. De otras cosas, también. Esto hará que tengas visiones. Necesitamos estas visiones para mostrarnos los caminos que podemos tomar para debilitar al enemigo sin debilitarnos a nosotros mismos. Si no lo hacen, ejecutaremos a uno de los miembros de su familia y se le pedirá que vuelva a intentarlo. Si eliges no participar, los ejecutaremos rápidamente a todos".

Carlos pensó que preferiría morir antes que ser su peón, pero cuando pensó en su familia, en las sonrisas, las caricias... en el amor, no pudo alcanzar la sopa. No se permitió hacerlo.